

Psicología y desarrollo humano

Aumentan los contactos, disminuye la profundidad de los encuentros

Hna. Virginia Isingrini
Misionera Xaveriana y psicoterapeuta

La eficiencia y la rapidez de los medios a nuestra disposición (de comunicación, de transporte, máquinas o utensilios de trabajo...), tienen también como efecto un aumento considerable de las oportunidades de encuentro.

Palabra de orden: ¡cambiar!

La frecuencia con que las personas viajan y se trasladan aun temporalmente de sus sedes, aumenta vertiginosamente. Tener un compromiso de trabajo en otra nación es cada vez menos un hecho extraordinario. Si sólo hace setenta años ir a un país lejano significaba frecuentemente morir ahí o regresar raras veces, ahora permanecer en el mismo lugar más de dos o tres años puede ser considerado “excesivo”. De igual manera, el vivir en el mismo pueblo toda la vida, o desempeñar una actividad en la misma empresa por mucho tiempo, es algo cada vez menos factible.

Cambiar, conocer nuevas realidades, encontrar nuevas personas, se ha convertido en un símbolo de inmortalidad, según la expresión acuñada por Becker (*El rechazo de la muerte*). Y no es difícil imaginar que cuanto más aumentan las conexiones, las personas y lugares conocidos, tanto más puede aumentar una sensación de valor y de dominio sobre la realidad. Decimos sensación, porque el paso a algo real en este sentido está en tela de juicio.

Comunicación y soledad

Obviamente este aumento en el número de contactos no es sinónimo de superficialidad, sin embargo, esta eventualidad no está tan remota como deseáramos. Y la experiencia diaria lo confirma. Las llamadas desde un celular para avisar que estamos llegando a casa, en el aeropuerto o de compras en un supermercado, se caracterizan por mensajes breves y pragmáticos, en algunos casos superfluos. Hay dos o tres celulares por familia: quiere decir que cada miembro, incluso los niños pequeños, están en la posibilidad de comunicarse con los otros cuantas veces quieran y dondequiera que se encuentren. Con todo, el diálogo de tú a tú no se ha vuelto más fácil. La soledad no ha disminuido. Por el contrario, ha aumentado la dificultad para poner en común algo de sí y mantener por tiempos prolongados cualquier relación importante.

El culto del momento presente

Todo, o casi todo, cae en la fugacidad del momento presente: un destello de emociones superficiales y luego el aburrimiento de la vida de todos los días, de la que sólo se procura huir. La cultura del placer parece haber sustituido la cultura de la felicidad, sobreponiéndose a ella. El futuro es evocado más como amenaza que como promesa de felicidad. Únicamente el presente parece ofrecer los caminos para encontrar la felicidad/placer. Dentro de este sentido de lo cotidiano opacado, vuelven a resurgir antiguas sugerencias que inducen a muchas personas a abandonar su centro existencial constituido por la conciencia racional, para emprender la búsqueda de sentidos completamente irracionales, inconscientes y atemporales de la propia existencia.

Entre muchas, la aplaudida película de *La sociedad de los poetas muertos* es un ejemplo que ilustra cuanto acabamos de decir. Los estudiantes de un *college*, cautivados por su maestro de literatura, empiezan a encontrarse por las noches en unas cuevas naturales cercanas a la escuela. Ahí, lejos de los demás, encerrados en sus diálogos fantásticos, experimentan una sensación de exaltación y potencia. Uno de estos muchachos, conquistado por esta experiencia, quiere dejar la carrera para ser actor de teatro. Viene el “no” de su padre y empieza el drama que lo lleva al suicidio. El padre es descrito como un ogro, obsesionado por la vida “real”. El contraste entre la realidad (el padre y las exigencias de la carrera) y la emoción (teatro) encuentra, según la ideología de la película, sólo en el suicidio su solución.

De hecho, la exasperación del placer propiciado por el momento presente, el *carpe diem* de latina memoria, es rayana en la muerte.

El reventón y la música

Y así, mientras el tiempo de la cotidianidad se contrae, se procura prolongar indefinidamente el tiempo de la novedad o diversión. El tiempo libre o la fiesta no tienen otro valor que el de ser “robados” al trabajo o al estudio. Nuestros jóvenes hablan de *reventón*, y la palabra es sintomática. Es como si se quisiera aprisionar todo el sabor de la vida, toda la profundidad de un encuentro, en la explosión de un momento. Y cuando la naturaleza ya no ayuda, entonces hay que crearlo artificialmente. Música a todo volumen, oscuridad surcada por luces deslumbradoras, movimientos repetidos hasta el cansancio de la mañana siguiente, alcohol o drogas para soportar este ritmo desenfrenado y para aumentar momentáneamente la intensidad de las sensaciones.

«La música –según el estudio de Anatrella sobre la adolescencia inacabada de nuestras generaciones–, reemplaza el flujo de los pensamientos: se ha convertido en la razón del pensar, el medio a través del cual se expresan. En muchos casos sustituye la palabra... Todo se tiene que sentir...» (*Interminables Adolescentes*). Una experiencia, dice el autor, que atonta y entorpece los sentidos, buscada como fuente de placer cercana al autoerotismo.

Pero no se habla, tal vez se grita para ganarle al ruido. El baile mismo es vivido como un *trance*, un placer solitario. Y los demás no son más que un medio para alcanzar este fin. Se delega así el propio mundo interior a gestos, a sonidos, pero no al diálogo tejido en la paciencia de las horas cotidianas.

La sed de un encuentro auténtico

En esta cultura, la sed de un encuentro auténtico no hace más que crecer. El chateo es un buen ejemplo de esta sed. ¿Cuánta verdad hay en las frases telegráficas que se lanzan al mundo del anonimato? ¿Será cierto que uno es alto, guapo, rico y de ojos azules? ¿Será cierto que tiene un buen trabajo y que ha estado buscando al amor de su vida? Ciertamente o no, lo que cuenta es que el otro tiene nuestro mismo deseo de alguien que le escuche, de alguien que esté en contacto con él. La verdad o la mentira surten el mismo efecto. Se está dispuesto a contar los dramas más íntimos de la propia vida a una pantalla silenciosa e indiferente y en la más absoluta soledad de un cuarto.

A este intimismo y “privatización”, se contraponen los grandes encuentros de masa, rodeados y buscados por su espectacularidad. Los megaconciertos al aire libre, las concentraciones juveniles en ocasiones de congresos también religiosos, son unos entre muchos ejemplos de este fenómeno. Es muy posible que haya disminuido la participación en retiros, encierros, ejercicios, pero basta una reunión de masa, aun en

otra nación, para movilizar millares de jóvenes y menos jóvenes. Los espacios se agrandan y se reduce la experiencia del límite y por lo tanto de la propia identidad.

Se vive cada vez más en los así llamados *no-espacios*, es decir, el supermercado, las grandes plazas comerciales, las estaciones o aeropuertos, los *fast food*, las discotecas... El encuentro personal se diluye en esa masa anónima que no proporciona ya aquella fuente de identidad que procedía antes de los grupos de referencia fundamentales: la familia, la escuela, el grupo de coetáneos, la parroquia.

Puede ser interesante analizar, para este propósito, el aumento tanto de los movimientos como de sus adeptos, también eclesialmente. Sin entrar en los méritos o deméritos de este fenómeno, nos importa resaltar aquí el tipo de relación y comunicación que estos grupos proporcionan. De hecho, una de sus características es la *no-territorialidad*. Mientras la parroquia o la colonia se definen por su delimitación espacial y por una cierta cotidianidad de las relaciones (la gente se conoce, es siempre la misma), quienes participan en un congreso anual o en los encuentros de mes, casi nunca se conocen bien entre sí y no vuelven a encontrarse sino en estas ocasiones esporádicas y de masa.

De maneras distintas se busca ardientemente un encuentro, brincando casi por completo la mediación personal y cotidiana. El creciente recurrir al sexo y a la pornografía *on line*, más allá de cualquier y justa implicación moral, no es en su mayoría más que un grito desesperado para recuperar una cercanía perdida en la normal relación de todos los días. Con todo, cualquier representación de la realidad no podrá nunca sustituir la realidad en sí misma, sino a precio de una peligrosa enajenación en lo ficticio y en emociones sin objeto real.

Podemos “dialogar” con amigos/as virtuales, dispuestos a obedecer a nuestros deseos; podemos “dialogar” con los compañeros que encontramos durante un concierto, en el avión o un congreso; pero es muy probable que no logremos hablar con nuestra esposa, con nuestros hijos, con nuestro hermano, con los vecinos o con la gente de nuestra comunidad.